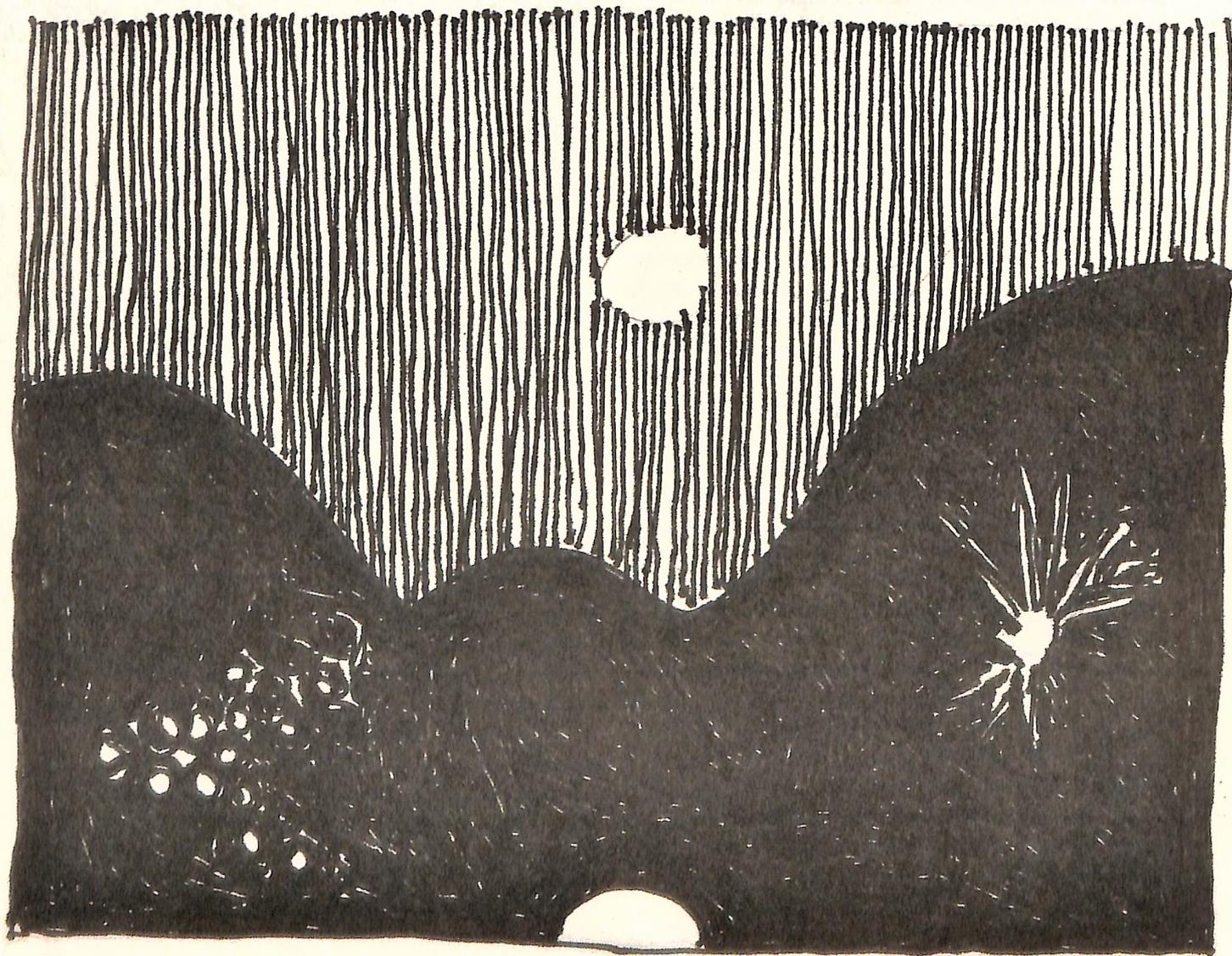


Seis tristes tópicos

Pedro Adrián Zuluaga

Esta crónica de viaje recuerda que América Latina está escrita con fuego en el corazón de quienes hemos visto la luz en esta parte olvidada del planeta. Silencios, exilios, fantasmas, huelgas, despojos, fronteras: el dolor nos une desde la Guajira hasta la Patagonia.



"Mientras transita de un lugar a otro, el viajero desconoce el mensaje del futuro. Sólo cuando ordena sus recuerdos—cuando el futuro es pasado—y escribe, como yo estoy haciendo, tratando de reflexionar, comprende el origen de sus sentimientos".

Maruja Torres. *Amor América.*

1. Santiago a la hora de cierre

Santiago se tarda en cerrar. La luz de este verano se esconde al filo de las nueve y aún quedan muchas horas que perder en el Parque Forestal antes de llegar a la estación de los miedos. Porque éstos siempre vuelven. En vano se camina por Bellavista y Providencia, por Apoquindo o Lastarria, barrios o calles del Santiago liberado, donde hay más celulares *per capita* que en cualquier otro lugar del Sur; en vano, pues rodeos más atajos menos, el destino final es Capuchinos, la última parada es Tejas Verdes. El Parque Forestal se da sus aires. Es el corazón verde de la capital, enorme y generoso. Enorme para el turista que me ha tocado ser y que lo atraviesa "a nado" temiendo llegar por omisión a la boca del lobo. Generoso para los solitarios que se cruzan señales, para los ejecutivos "menores" que reclaman con la mirada y para los jóvenes que les responden.

A Jorge no lo conocí en el Parque Forestal, no llegó a mi vida a la hora de cierre. Fue en Monjitas, en el centro feo y viejo del Santiago rico y nuevo. Él caminaba a sus clases de baile en una universidad estatal; yo compraba un diario comunista para extraviar la mañana. Nos vimos de nuevo en *El Biógrafo*, una sala de cine en el otro palmo de la ciudad, siendo las cinco en sombra de la tarde, ese mismo día. Entre el diario comunista, el almuerzo y *El Biógrafo*, no hice más que ir sin destino por entre el gris de Santiago, interrumpido aquí por un músico ciego que le sacaba al bandoneón sus últimos rezongos y a su voz el coraje de "Nostalgia de tener tu risa loca, de sentir junto a mi boca tu respiración"; allá, por un grupo de peruanos que en el atrio de la catedral mayor comían una versión en el exilio de las papas a la huancaína, mientras se lamentaban de que tampoco hoy hubieron de ser contratados en el mercado negro de obreros para cumplir con el trabajo sucio del régimen.

Santiago, en mi fantasía, era una calle ensangrentada, un cerro al fondo, unos señores de día, camino a los saunas y los cines porno -que en los tiempos del toque de queda servían para hacerle el quite a la fidelidad conyugal por decreto- era La Alameda y El Mapocho. El Santiago real es un edificio enorme de la Telefónica que interrumpe el paisaje de fondo de la cordillera, un café con piernas.

Pero a las cinco en *El Biógrafo* apareció Jorge. Yo agradecí sus infinitas preguntas, su: "aquí se ocupa decir encalillado, ¿cachai?, cuando uno no tiene un peso en el bolsillo, ¿cachai?...¿cómo se dice en Colombia?", agradecí que caminara un paso antes que el mío y su ternura inesperada, ternura de Parque Forestal.

Subimos al cerro, a uno de los cerros que, antes del edificio de la Telefónica, era el paisaje de Santiago. En el cerro, Jorge se esforzó porque yo viera el smog: smog ultracivilizado de la más próspera ciudad del Sur; smog en el que desaparecen los barrios obreros, al lado de las grandes industrias. Y me habló de *Tejas Verdes*, un centro de tortura del régimen, me habló de las *Memorias del dolor*, la coreografía que lo recuerda y en la que él participa, de los artistas que resisten bailando.

En el diario comunista de antes del almuerzo, había leído (o visto) el mapa con la ubicación de muchas (nunca se conocerán todas) las casas Pinochet, donde los torturadores del Anciano vivieron sus 120 jornadas de Sodoma. En ese mapa, estaba, por supuesto, *Tejas Verdes*.

Pronto ese mapa, es sólo una idea, servirá de ruta turística. Ahora que en Chile todo se vende, porqué va a faltar una empresa española interesada en explotar la franquicia del horror.

En el Parque Forestal, dos horas más tarde, Jorge dirá que siente vergüenza de su país. Yo pienso en Tejas Verdes y en Colombia y no digo nada. No habrá más ternura entre nosotros, quizá nunca la hubo, sólo su necesidad.

Me veo entrando a un café con piernas a un costado de la estación Mapocho, justo donde termina el Parque Forestal.

¿Es ésta la estación de los miedos? ¿Es aquella la boca del lobo? Jorge me acompaña pero es lo último que hacemos juntos, casi lo último. En el minúsculo cuadrado del café hay una caja registradora y un cajero, y detrás de una barra una mujer desnuda, casi desnuda. Alrededor de la barra algunos clientes, de pie, solitarios. Los cafés con piernas, otra herencia del Anciano, son estaciones de

paso para visitar de afán a la hora de cierre antes de postrarse en la camita conyugal. No hay sillas, nada invita a quedarse mas que esperar que suene una campana para que durante un minuto, desde este lado de la barra podamos pasarle una mano al cuerpo estriado de la mesera, que se deja acariciar con desgano: es el "minuto de confianza". Pasa el minuto, suena la campana; las manos vuelven a su dueño y la mesera a su oficio. Jorge y yo salimos y nos internamos en el gris, ahora nocturno, del centro feo y viejo del Santiago rico y nuevo.

Mi hotel es una casona vieja de la calle Huérfanos. Antes, para extraviarnos, damos un último rodeo y nos encontramos con *Capuchinos*, un viejo convento que ahora es una prisión de alta seguridad. "¿Sabes qué fue esto antes?", me pregunta Jorge. "Otra *Tejas Verdes*, ¿cachai?".

**Santiago,
en mi fantasía,
era una calle
ensangrentada,
un cerro al fondo,
unos señores de día
camino a los saunas
y los cines porno.**

Ninguno de los dos irá mañana a la cita que hemos acordado en la estación Bellas Artes del metro. Yo buscaré el verano de Viña del Mar, la bendición fría del Pacífico. Jorge me olvidará entre algún movimiento de sus *Memorias del dolor*.

Pero aún quedan horas que perder en el Parque Forestal, mucho para ver en el gris de la ciudad: un bandoneón que regresa a su escondite, unos peruanos buscando bronca, una hoja perdida del diario comunista, los clientes sumisos de un café con piernas. Después, el frío de un hotel de paso, el consuelo del sueño y el despertar de tres de la mañana, entre sábanas alguna vez blancas, perdido el centro del mundo, la tierra sin imán y la inútil pregunta: ¿dónde estoy? ¿Qué hago aquí? Y la respuesta detrás de la pared también blanca: una pareja que hace el amor con estruendo. Me concentro en ese único sonido-sentimiento y la noche me revela su último secreto. No hay pareja, es sólo una película que, a la hora de cierre, pasan en la televisión.

2. Buenos Aires en tres dimensiones

Al niño que yo era le gustaban aquellos amaneceres en que la lluvia o la enfermedad le obligaban a estar en la cama, envuelto en los rumores familiares, casi ebrio del olor de la arepa y el chocolate caliente que siempre llegaban a su hora: nueve de la mañana. Al niño que yo era le gustaba conectarse al mundo, todo lo que había detrás de las montañas, a través de un viejo radio en forma de maletín que traía fútbol y muertos, caídas de mu-

ros, masacres de estudiantes chinos, la voz de Juan Gossain en las primeras leches de la mañana y los domingos la emoción de Víctor Hugo que cantaba los goles del Boca y de River por Radio Rivadavia.

El niño que yo era siempre supo que el equipo del puerto, que se batía en el redondel de *La Bombonera*, era un espasmo colectivo argentino y que ese país y esa su capital, Buenos Aires, debían de tener el misterio y

la belleza de una mujer madura, vestida de negro tras sus gafas oscuras. Una mujer que nunca me hablaría.

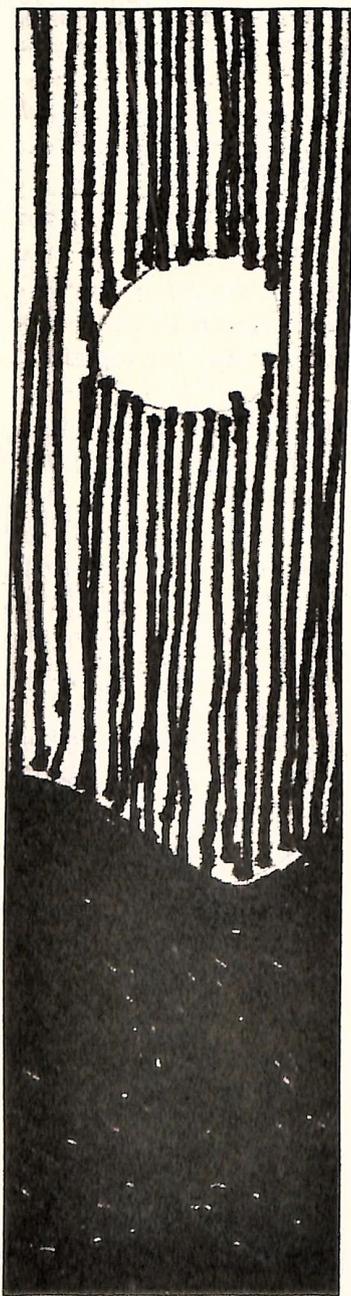
Aquel 17 de diciembre de tantos años después en la esquina de Corrientes con la 9 de Julio, al pie del Obelisco, el niño que yo era vería celebrar a los hinchas del Boca —la mitad más uno de los argentinos— el título de su equipo en la liga nacional. La fiesta fue lánguida pues ese año el club lo había conseguido todo (la Libertadores, la Intercontinental) y el partido final, en la tarde de ese domingo, apenas fue un indigno colofón.

Por eso, las serpentinadas de la victoria fueron rápidamente barridas y en esa misma esquina de Corrientes con la 9 de Julio, unas horas después, un voluntario convocaba desde un altoparlante a una huelga general de trabajadores. "Hay catorce millones de pobres absolutos en la Argentina", gritaba este Bautista en el desierto, al pie del Obelisco. Eran las doce sin sombra. Yo, entretanto, ya hecho un viejo, caminaba Corrientes en todas direcciones, buscando con olfato de turista pobre, aquel restaurante que me habría de alimentar en los días sucesivos. Lo encontré sin más y una hora después, desde el mismo altoparlante, el voluntario gritaba: "Hay quince millones de pobres absolutos en la Argentina".

En aquellos días, el país del presidente De La Rúa recibía el blindaje financiero de la banca internacional, lo cual, para la lógica de los obreros significaba más apretones, más flexibilidad laboral, más cinturones de castidad, más miseria.

En Buenos Aires las tardes se hacían extremadamente cortas. Me distraía caminando por entre las vitrinas de los restaurantes que exhiben variedades de postres y otras viandas que ningún estómago sensato aguantaría. Mi primera impresión de Buenos Aires fue la del desperdicio, en tantos sentidos como soy incapaz de explicar, pero que se concretaban para mí en lo excesivo de los platos servidos al almuerzo, como si la Argentina aún viviera de la fantasía de ser la despensa del mundo. Luego por la noche y hemos de creer que Buenos Aires nunca duerme —los mendigos salían de su escondite diurno y se abalanzaban sobre los restos de comida o se les veía hurgando entre la generosa basura de las calles del microcentro en busca de alguna prenda de valor para animar la noche.

Yo por mi parte, tomaba uno o varios *pintados* en un café al frente del *Cine Lorca*, también en Corrientes, y estiraba el pescuezo



tratando de oír lo que se conversaba en las mesas de al lado, en las pocas mesas en que la gente tenía la fortuna de estar acompañada.

Se quejaban de lo divino y de lo humano y en el acento categórico de los porteños siempre me parecía escuchar una imprecación. Nadie parecía contento en esta estación de espanto, yo tampoco; así que íbamos del tango a la milonga. En las calles de todas partes, bendecidas con nombres que había escuchado antes, en una letra de Manzi o Expósito o en una línea de Borges, era fácil encontrar la efigie de Menem con un verso que decía, si mal no recuerdo: "Cuidémoslo, es nuestro".

Me pareció que Buenos Aires tenía como una triple realidad. Una en el tiempo que llevaba mal y la hería en su orgullo, pues era claro que la ciudad pasaba por sus vacas flacas; otra en la eternidad: la ciudad metafísica de Xul Solar, de Borges y Macedonio Fernández. Y una más en el mito que se extendía desde los arrabales de La Boca –el primer asiento de los inmigrantes, casi todos genoveses, donde empezó el último repoblamiento de la ciudad– hasta la Casa Rosada con el fantasma de una muñeca rubia de trapo y maquillaje prometiendo volver y ser millones: 14 millones, 15 millones de grasitas sin virgen y sin Dios, aunque ahora con el Banco Mundial y el FMI.

Por esas tres ciudades, paralelas y simultáneas, los argentinos vivos y muertos caminaban como desencarnados. Las sombras de los amigos que no vi, los colores de Quinquela Martín, las voces de

Gardel, Evita, todas entidades sin cuerpo. Para verlos realmente tuve que pasar tres fronteras, hasta reencontrarlos al otro lado del Chaco, en Santa Cruz de la Sierra, en la Bolivia humilde que el promedio argentino mirara con desprecio y a la que irá en masa como turista por lo barato que resulta gastarse sus sobrevalorados pesos en los países de los hermanos pobres. En Santa Cruz y en Potosí, en Sucre y en Oruro, en La Paz, uno de los techos del mundo, intuí una torpe respuesta a la encrucijada de los argentinos, al laberinto de su dolor, de nuestro dolor que es el mismo desde La Guajira hasta la Patagonia. También a ellos les han minado la confianza en un arduo trabajo de siglos entre sátrapas sin compasión y dictaduras democráticas y oligarquías inflexibles y etcétera. Pero los argentinos, por quién sabe qué capricho de los genes, estarían llamados a lamentarse, sin hacer mucho más. Desconocen la seca resignación de los otros países del continente y prefieren emplearse en gestos histrionicos: herir el tiempo con palabras, proferir desprecios, servir carnes y postres que nadie comerá en su sazón, sólo los dueños de la noche.

La explicación no consuela, ni siquiera a mí, pero es peor no pensar nada. Los días en Buenos Aires pasan raudos como una decepción. La ciudad no me habla, sólo me despierta nostalgias bajas: días remotos de tango y fútbol, y lo demás es literatura. Todo el que conozco y que ha venido a esta ciudad, tiene felices impresiones de su vida nocturna, de sus teatros y sus cines, de las librerías

y los cafés donde el mundo es una conversación. Está bien, pero no es lo tuyo. A Buenos Aires la llevo en el recuerdo como un peso, nada más.

3. Puerto de Montevideo: nosotros los hijos de la desconfianza

"Desde que murió el viejo, la vida...", y aunque estamos a oscuras, yo alcanzo a ver sus dedos que señalan hacia el piso. "Se vive bien, pero este siempre ha sido un país de ancianos. Los jóvenes de buena onda –me dice en el mejor uruguayo que he escuchado– todos se quieren ir, aquí no hay nada que hacer. Yo también, un abuelo mío era italiano, y voy a ver si por ahí logro salir".

Nadie me previno contra el tedio de Montevideo. Había escuchado que más que una ciudad era una enorme oficina, pero la Navidad fue un mal tiempo para comprobarlo. Lo sabría después. Vine aquí, a un lugar del que no poseía ninguna imagen concreta, buscando las mañanas azules que vio Jorge Luis Borges. Pero los cinco días que estuve en Montevideo desperté siempre tarde y del poeta argentino no encontré ni rastro, ni siquiera el *Hotel Cervantes* donde en otros tiempos, según un mal informante, se hospedaban Borges y Sábato cuando cruzaban al lado oriental.

No vi tampoco la admirable educación civil del país más culto de América Latina, quizá porque la fatiga de un viaje que había empezado semanas antes en Lima y que me trajo hasta aquí bordeando el sur, terminó por arrastrar mi cuerpo hasta algunas de las tantas salas porno que



en días normales, seguramente, reciben a los oficinistas en tránsito hacia el trabajo o la casa.

Las salas porno, aquí o en Medellín, o en Lima o en cualquier lugar del mundo, son sitios para la descortesía, para que salga sin vergüenza lo peor de nosotros mismos. Sin embargo, en *El Biógrafo*, a la que escogí por el nombre, el mismo de la prestigiosa sala de cine de autor de la calle Lastarria en Santiago -donde me encontré con Jorge por segunda vez-, conocí a Nicolás, el muchacho que se quiere ir. Era sábado 23, víspera de la última Navidad.

Yo había llegado al puerto de Montevideo la noche antes, en un *buquebus* de lujo que penetró con confianza las amarillas aguas del Río de la Plata en la dársena Norte, al frente de la estación Retiro en Buenos Aires. La crema y nata de la burguesía argentina había comparecido con su gesto de arrogancia dispuesta a limpiarse de culpas en la cura de aguas de Punta del Este, a 400 kilómetros de la capital uruguaya. Llegamos pues, de noche. El turismo argentino desapareció enfundado en sus automóviles de lujo y yo me quedé sólo con la historia, tembloroso de emoción ante la ciudad más ajena en la que nunca he estado. Fue entonces cuando perdí la muela del juicio.

Llovía además y aún así decidí remontar a pie las calles de la Ciudad Vieja buscando las señas de la Plaza Matriz donde mi informante me aseguró que encontraría el ahora humilde *Hotel Cervantes*. Nadie me previno tampoco contra estas calles fantasmas donde no hay más rastro de vida que lo que queda de algún conventillo de otras épocas.

A Nicolás le sorprendieron todas estas cosas, que yo iba contando impulsado por esa repentina atención que le merecía a un muchacho de Montevideo que jamás volveré a ver en mi vida y que jamás olvidaré. Para él, como para casi todos los

montevideanos, a la Ciudad Vieja la sepulta la noche en su sueño de siglos y en el día sólo es un lugar de paso donde se compran baratijas y se hacen vueltas de banco y otros dispendios burocráticos; o puede ser el camino más peligroso hacia el Mercado del Puerto donde incluso en Navidad se dejan caer los tambores del candombe salidos de un remoto pasado. Allí, al mercado, siempre van los turistas guiados por el olor de las parrilladas, en busca de una cura de carnes, lo mejor de este país de ancianos y de vacas.

Iré al Mercado del Puerto el día de Navidad, siguiendo una ruta marcada por Nicolás: "A un costado de la Plaza Matriz, tomás la peatonal Sarandí y en Pérez Castellano doblás hasta el mercado". Así hice, pero en Sarandí no encontraré ese 24 ni los bandoneones prometidos, ni las guitarras criollas tocando para los turistas, ni las murgas, ni nada que alegre el corazón, ni a Nicolás con su pesimismo porteño de 25 años, que fue desgranando a cuentagotas el día antes, 23, en *El Biógrafo*, en una tarde que se volvió noche sin darme cuenta. El sexo, en las salas porno, se puede calcar mil veces igual -anónimo, mecánico- aquí o en cualquier parte

**Es sólo que Nicolás es un país
y un destino:
el de nosotros, los hombres gay de esta
orilla del mundo,
los hombres sin futuro,
a los que nadie ni nada
nos sobrevivirá, ni siquiera una
historia de amor.**

donde dos hombres o tres o cuatro no sepan muy bien qué hacer con su cuerpo. Pero ese sexo necesario -"me revienta pagar por el sexo", me dijo Nicolás- no es suficiente para recordarlo precisamente aquí en esta frontera de la nostalgia. Es sólo que Nicolás es un país y un destino: el de nosotros, los hombres gay de esta orilla del mundo, los hombres sin futuro, a los que nada ni nadie nos sobrevivirá, ni siquiera una historia de amor.

"¿Cómo son las parejas de hombres allá en Colombia? Aquí uno va por la rambla Norte, o por cualquier lugar de buena onda y si alguien te mira de cierta manera, ya sabés de que va". Así tuvo Nicolás a su última pareja, un arquitecto al que se lo llevaron los malentendidos y que ahora es su amigo más cercano: "Lo supimos superar". Yo de Colombia le digo poco, le digo tal vez que como ahora somos los cubanos del Norte de Suramérica, siempre hay alguien que cobra y alguien que paga.

En Italia, Nicolás buscará la otra frontera, el lugar de antes del exilio. En mi recuerdo se atropellan historias de uruguayos y ninguno vive en Montevideo, ninguno ha encontrado en esa ciudad de mañanas azules un espacio para su deseo. Son exiliados de la dictadura militar, historias que supe por terceros: Mirito, un crítico de cine, un librero de Tel Aviv, un periodista. Nicolás pertenecerá a otra generación de exiliados que ya no huyen del horror de los torturadores, sino de la falta de utopías, de la debacle económica de este continente, de la ausencia de amor en todos los costados.

El día siguiente a la Navidad, que emborraché de sidra en una playa Pocitos casi desierta, camino por las calles vacías del verano oriental y disfruto los milagros de la capital: las salas de la Cinemateca Uruguaya, que aún en estas fechas proyectan *Aprile* de Nanni Moretti. En la película, Moretti es un director que abandona la producción de un filme musical sobre un pastelero trotskista y se echa a rodar un documental sobre las elecciones en medio del debilitado gobierno de Silvio Berlusconi, uno de esos *fachotes* que Nicolás odiaría por razones de sangre.

En cierto momento, Moretti y su equipo se trasladan al Sur de Italia para registrar el desembarco de refugiados albaneses en barcos sobrecargados. Ahí están los rostros blancos de quienes no tene-

mos futuro, estamos Nicolás y yo compartiendo un destino.

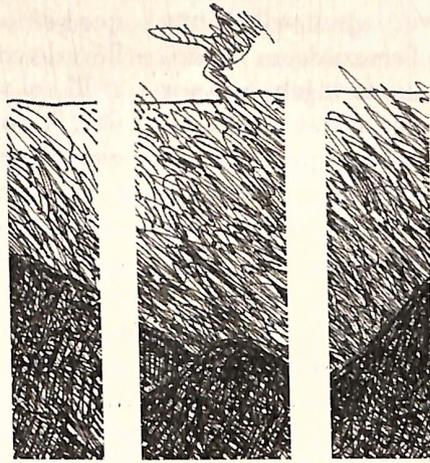
Los otros dos días que estaré en Montevideo, hago poco más que buscar un centro de salud donde me apliquen la vacuna internacional, lo único que me separa de la frontera con Brasil tras el vértigo de Iguazú. Toco las puertas de siete hospitales de la ciudad y nadie dispone de la misteriosa vacuna. Cuando doy mi brazo a torcer a alguien se le ocurre orientarme de nuevo hacia el Puerto de Montevideo, el único lugar donde efectivamente la aplican. Atravieso oficinas oscuras, hago preguntas sin respuestas y al final de los finales en la última oficina del puerto una mujer me confirma que sí, que tiene la vacuna. Yo alzo mi brazo pero ella me pregunta: "¿para cuántas vacas?". Al final no iré a Brasil e Iguazú se quedará en el sueño.

Sí, Montevideo es una ciudad de oficinas en un país de vacas (y de ancianos). Pero en algunas mañanas grises de Medellín extraño las mañanas azules que no vi y la esperanza de volver y volver a no ver echar a rodar la máquina de mi vida.

4. Asunción: *nowhere*

Un día y una noche demoré en llegar desde Montevideo hasta Asunción, después de cambiar cinco veces de bus y tres de país, para no pisar el suelo del Brasil. Hice pequeños reposos en terminales de provincia. En El Salto, Uruguay, bajo el hechizo de los enormes pagos que se ofrecían a la vista, supe de la cordialidad sin reparos del campesino uruguayo, que también desconfía y que sabe, como el colombiano o el boliviano, que a los pobres siempre los joden. Pero no me quedé en El Salto, ni siquiera para disfrutar las bendiciones de aguas termales que mi cuerpo maltratado por el viaje hubiese agradecido. Tenía la fiebre de las grandes ciudades, de la que ahora me arrepiento. Ahora que descubro que si me gustaron Bolivia y Chile, por encima de los otros países de la América del Sur, fue porque tuve en ellos la paciencia de internarme en las ciudades intermedias para conocer la vida en sus márgenes. El misterio de los chilenos del Norte, de los hombres y mujeres que han crecido con el desierto. La melancolía de Antofagasta y La Serena -nitrato y mar- que yo proyectaba desde mí hacia el paisaje; antes Arica, donde empezó de verdad este viaje y después Viña del Mar y Valparaíso, sueños colgados del Pacífico. Y en todas partes, el sentimiento común de haber perdido algo infinito. Finalmente Bolivia: la felicidad.

Pero estoy en El Salto y mi bus se dirige a Posadas, en la frontera entre Argentina y Paraguay. Al otro lado, pasando un puente, está Encarnación. En medio, el



enjundioso río Paraná que me gusta desde el nombre. En Paraguay me asalta la dureza de los rostros en los que en vano busco la América indígena de mis libros de historia. Debieron de ser bravos guerreros los guaraníes, pues los nietos de sus nietos no se van con dulzuras. Más adelante alguno me llamará Pablo Escobar y otro más Chicho Serna.

En Asunción, un pequeño infierno de 40 grados centígrados, descubro retazos de

Colombia. Un canal de la televisión nacional transmite a las dieciocho horas *Yo soy Betty la Fea* en versión de 60 minutos. En todo el trayecto de este viaje hube de reconocer varias veces que sé poco de Shakira y Carlos Vives y que no he leído *Mi hermano Pablo*, habituales temas de conversación cuando alguien se enteraba de que yo era colombiano. Pero el aprecio por Betty, mi seguridad de que es una proyección del inconsciente colectivo latinoamericano en su sentido más positivo, se lo debo a Asunción. Betty, casi una santa, se vuelve ídolo en un continente de cafres.

La fealdad de la capital paraguaya, el carácter hosco de sus habitantes, el miedo físico que me producía la lengua guaraní que hablan siempre -mezclada con el castellano o en toda su pureza cuando no quieren ser entendidos-, me llevaban de regreso al hotel, donde como en *La Caverna* de Platón, conocía la realidad por sus sombras. Por esa caja infame y mágica vi desfilar los *reventones* o fiestas que se multiplicaban en aquellos días finales de año. Vi una fila de políticos, del presidente González Macchi para abajo, haciendo promesas y balances. Supe que si bien el dictador vive su exilio dorado lejos de los pagos de su infamia -en un Brasil de ensueño-, la vieja burocracia stronista que orientó los destinos del país como los de una hacienda, aún mueve los hilos del poder, y supe también, para mi desconcierto, que el grueso de la población extraña aquellas épocas donde todo era "claro y fácil"; extraña a su verdugo.

Abandoné Asunción en cuanto salía, dos días después, el primer bus a Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, y dejé atrás por supuesto a Brasil, pero también a Iguazú y a las misiones jesuíticas donde por primera vez se intentó una corrección social en la América hispana. Buscaba distintas razones para volver a Asunción. En la terminal de la ciudad la salida del bus se retrasó cinco horas. Ya dentro de él y listos a partir conocí a Colin, un norteamericano de Filadelfia, que al saber que yo era colombiano se esforzó para decirme en castellano: "siento lo que mi país hace a tu país", mientras yo me concentraba en su camiseta verde con una leyenda de apoyo al ejército zapatista.

Me despedí de Colin una semana después en La Paz, sintiendo esta vez la punzada de una pérdida concreta. Con la firmeza de sus 21 años había decidido viajar como un vagabundo por la entraña de América, negándose a toda comodidad, pagando en hoteles un promedio de dos dólares diarios y ejerciendo un desprendimiento para el cual necesariamente hay que ser norteamericano y vivir de frente a la abundancia más obscena.

El trayecto a Santa Cruz no duró las treinta horas previstas, sino tres días con sus noches.

El Chaco nos envolvió en un abrazo de lluvias y la vieja carcasa del bus quedó inmóvil por siglos en medio del pantano, a horas de toda vecindad humana. Fueron los dos últimos días del año viejo y el primero del nuevo. La noche vieja

la pasamos en una base militar paraguaya, la última en las proximidades de Bolivia, donde tres oficiales consumían las horas de sus vidas esperando un traslado. El de mayor rango me trató de marica en todas las formas conocidas, para después, al calor de una fogata y del licor que subía a las cabezas, tratar de seducirme. El año terminó entre tiros al aire y la carne de un cerdo tierno sacrificado en nuestro honor.

Con el despertar del año nuevo vino la esperanza de salir de ese destierro. Un alemán menonita, secta que rechaza el progreso, pero no la propiedad privada, y que dispone de las mejores estancias de la frontera, vino hacia nosotros y trató de darnos una lección de integración cultural. Quería que estuviéramos agradecidos de la hospitalidad castrense y de las bendiciones de Dios sobre El Chaco, bendiciones que nos habían permitido alimentarnos en este culo del mundo a pesar de nuestro *impasse*. Yo vi en ese llamado

a la resignación todo el discurso colonialista que hemos ido incorporando por siglos hasta llevarlo como nuestra corteza más resistente.

El sol secó el barro y el bus se echó a andar. A unas pocas horas estaba Bolivia, a la que empecé a amar por esa felicidad que el solo recuerdo le dispensaba a sus hijos. Desde el bus, que ya era una familia, los bolivianos atravesaron su frontera cantando canciones populares con el rostro ennoblecido. Tácticamente, los menonitas tienen prohibido mezclarse con estos indios.

5. Potosí: las entrañas de *Pacha Mama*

A Oruro, Bolivia, de donde es el Diablo, me llegó la noticia de la bomba en El Tesoro. En el marco de su plaza principal supe también que, vueltas más vueltas menos, nunca me iría de Colombia. Los ecos del terrorismo en Medellín me los transmitió vía *mail* Beatriz, un amiga española que días antes había despedido en el aeropuerto de La Paz, después de cinco días en los que descubrimos juntos Titicaca, Cuzco, el valle sagrado de los Incas y finalmente el recio enigma de Machu Picchu.

En las muchas horas de buses, colectivos, taxis, trenes y bicicletas que nos llevaron y nos trajeron de las altas cumbres del misterio Inca hasta los fosos de la miseria de hoy, Beatriz me reveló otra cara del Sur de América: la esperanza, que ella ha conocido a tumbos mientras cumple como periodista de una agencia de noticias en Río de Janeiro. Me habló de Pedro Casaldáliga, un obispo catalán que vive entre los indios de Mato Grosso, en el centro del Brasil, y que ha sobrevivido a todas las muertes que para él han querido; de Martín Almada, el defensor paraguayo de los derechos humanos que descubrió los archivos Cóndor y que ahora no puede oler su tierra; de unos amigos suyos españoles que enseñan castellano a los indios bolivianos de alrededor de Cochabamba para que puedan conseguir mejores trabajos.

Yo le hablé, a mi vez, de las estampas que había recogido en un viaje que ya terminaba: de la Resistencia contra el olvido en Chile; de Pedro Lemebel, artista plástico y escritor, un maricón de buena ley que se quedó en Santiago mientras el Anciano, peleando y enterrando a sus muertos, cuando el exilio se doraba de glorias; de *The Clinic*, *Le Monde Diplomatique*, *Rocinante* y *Radio Tierra*, los medios que balan en el desierto contra el discurso único. Le hablé también de Colombia, que ella conoce y quiere bien, de nuestros propios mártires de los derechos humanos. Con Beatriz, mientras íbamos pasando Copacabana o Puno, o el mer-

cado informal de La Paz que se nos hizo infinito y donde los indios se arraciman, quietos como monumentos, resignados como santos, con Beatriz, digo, de ida o de vuelta, fui recuperando la fe en el periodismo como un destino posible.

Pero ahora estoy en Oruro, de donde es el Diablo, con una bomba que estalla dentro de mí, en el marco de su plaza principal, queriendo volver, aunque faltan todavía y por segunda vez, Arica y Tacna, en las fronteras de Chile y Perú. La primera, con el morro que recuerda que alguna vez fue peruana, hasta que un violento reacomodo de fronteras le marcó un nuevo destino *chilensis*. La segunda, condenada a ser una de las puntas del cinturón de miseria peruano. Por esta frontera pasan muchos de aquellos que van a languidecer en el atrio de la catedral de Santiago.

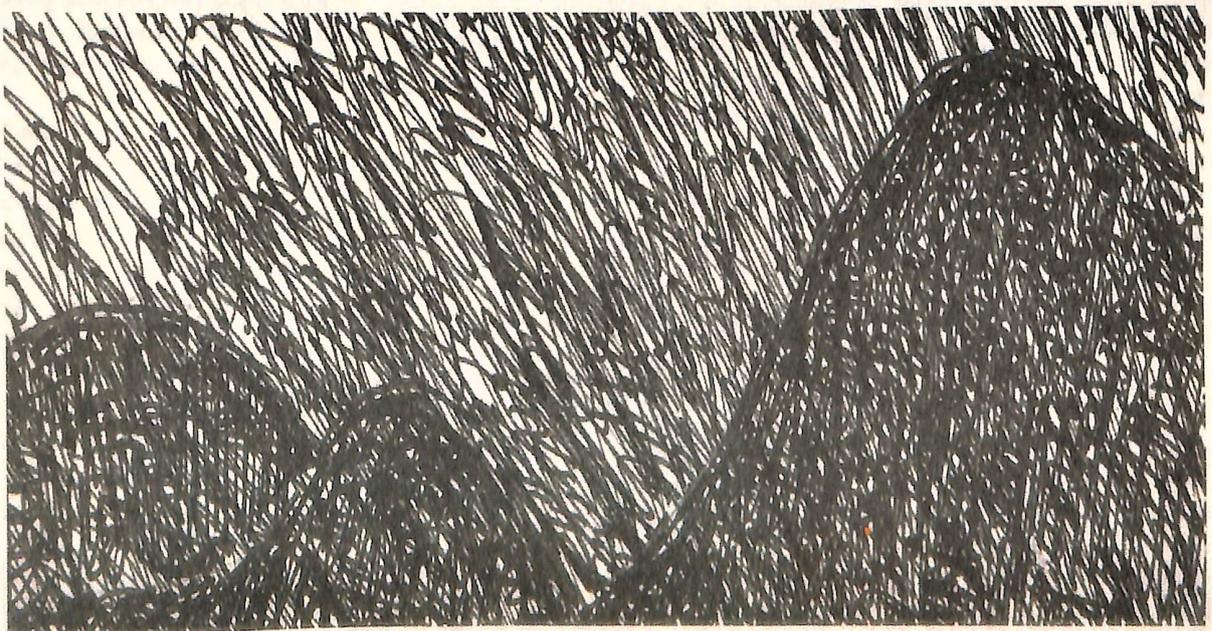
Falta también Arequipa, la ciudad blanca vecina del Colca, el cañón donde cobran por ver al Cóndor despeñarse en la mañana y falta Lima, de nuevo, la ciudad donde empieza y termina este viaje circular. Este viaje en el que conocí la nieve, la de verdad, nieve de invierno inagotable en la ruta entre Potosí y Oruro.

Dejé Potosí una mañana helada, mareado todavía por los efectos del soroche o mal de altura de una ciudad a 3.900 metros sobre el nivel del mar. Dejé Potosí con el espíritu en vilo, convencido de que necesitaba adecuarme mejor a los tiempos que corren y evitarme el placer y el dolor de las perpetuas indignaciones. Al llegar, un día antes, hilachas de Potosí revoloteaban en mi memoria, quizá rezagos de la lectura adolescente de *Las venas abiertas de América Latina*. Algo quedaba del esplendor antiguo de la ciudad. Las ocho iglesias, excesivas para las necesidades religiosas de poco más de cien mil habitantes, antiguos palacios donde se mezclaban hidalgos y villanos, ciertos patios amplios y ciertas calles estrechas.

Potosí se descubrió para mis ojos bajo la luz nueva de las siete de la mañana, cuando el bus procedente de La Paz llegó a su terminal vomitando a los pasajeros hacia el frío inclemente. Era la hora justa para planear la acostumbrada visita a las minas del Cerro Rico que domina a Potosí y sus alrededores con sus 4.100 metros de altura. Dice la leyenda -o la historia, que es lo mismo- que por las faldas de este cerro pasó la mayor riqueza de su tiempo. Mulas cargadas de plata que financiaba el ocio y las guerras europeas. Cerro Rico,

abierto a golpes, es ahora una concatenación de cuevas interiores y por supuesto oscuras, donde los mineros con sus picas se esfuerzan por sacar los últimos restos de plata, zinc, plomo y estaño mientras van mascando la hoja de coca para distraer la fatiga y el hambre. Aunque se asocian en cooperativas de un incierto sentido comunal, no se ve muy claro que a los mineros de a pie les toque lo mejor de las ganancias. El trabajo es rigurosamente estratificado, de acuerdo con un sistema de castas definido por la antigüedad en el oficio. Pero los intermediarios, incluyendo a la cooperativa, difieren los beneficios y he aquí al minero endémicamente condenado a la pobreza, convertido en un señor de las sombras, con los pulmones deshechos y el alma desfigurada. Ellos, Dios lo quiere así, apenas se dan cuenta y exhiben su resignación como un trofeo.

En la entraña de esa mina, un niño que balbucea el inglés nos conduce hasta *Uncle George*, el tío Jorge, dueño de la plata a quien los mineros reverencian ofreciéndole sus primicias en forma de coca y en honor al cual hacen la *challa*, brindis con alcohol cien por ciento puro de la tierra. El alcohol sin mezclas es una invocación por un mineral también sin mezclas.



A la salida de *Sumaj Orcko*, el otro nombre de la montaña de plata de Cerro Rico, las esposas y madres de los mineros los esperan. Es superstición que las mujeres no deben entrar a las minas para no provocar la ira de *Tata Ckacchu*. Pero las mujeres turistas se pasean impávidas por entre la oscuridad y nadie parece molestarse. Muy al contrario, cuando el niño guía deja sus preseas ante *Uncle George*, pide como compensación más turistas.

La visita al corazón de las minas termina cinco horas después. La canícula del mediodía nos recibe a este lado de la vida y queda una tarde entera para descubrir el pasado entre las ruinas del presente o para confortarse con un sueño de olvido.

El día siguiente es hoy en la plaza principal de Oruro, con una bomba que me estalla adentro y después de conocer la nieve.

Encerrado en el bus que hace la ruta entre Potosí y Oruro intenté captar en una foto la inmensidad nívea, para darme cuenta, meses después, de que mi cámara con su mecánica imparcialidad no vio nada, sólo una blancura sin matices. Tampoco yo vi nada o lo vi todo. Lima, Hiroshima, Holocaustos, Noche y Niebla, "enemigos" del mundo unidos en la invisibilidad.

6. En Lima, con los hijos del sol

Estando en Lima era grato pasar las primeras horas de la noche en el distrito de Barranco, de frente al Pacífico, siguiendo el murmullo de música criolla que salía de alguno de los negocios alrededor del Puente de los Suspiros, donde Chabuca Granda imaginó *La flor de la canela*. En ese instante fugitivo en que la luz del día no se ha desvanecido aún y la oscuridad no termina de cuajar, el cuerpo se permite un breve reposo.

Pero quien viaja solo como quien está solo, rara vez conoce la paz. Se aprovecha apenas de un descuido para alimentarse de las fuerzas que requieren los próximos desasosiegos. Mis noches, invariablemente, terminan en el centro de Lima, en la Avenida Tacna, en *Sagitaris*, en el cuadrado de una pista de baile donde el tiempo se distiende.

Are you France?, me parece escuchar casi al oído. Una boina vasca que llevo en la cabeza para protegerme del frío limeño me ha hecho pasar por francés, esa misma tarde. Ahora vuelve a ocurrir, ahora yo soy Francia. No soy francés, le aclaro a Danny y él a su vez me dice que no importa, que me habla a mí porque soy blanco, "más blanco que estos de aquí, me entiendes". Entiendo, entiendo. "Yo no confío en esta gente, yo soy de Miraflores, vivo en el Edificio Cristóbal, solo, mis papás están en Italia". El blanquito de Miraflores me saca de *Sagitaris* y la noche termina para los dos en la Plaza San Martín.

Él tiembla de impaciencia y se apura para que yo sienta los rostros cuarteados, el mal olor, las pieles oscuras, los dientes picados, los colores chillones que llevan los limeños. "Lo he visto todo en Lima, todo", le advierto. He visto los barrios altos al otro lado del Rímac, la tierra sobre la que están levantados y su amarillo ceniciento; he oído el hermoso acento de los voceadores en los colectivos, he escuchado mil veces 'Tacna, Wilson, Tacna, Tacna, Wilson'; he estado en Miraflores y en San Isidro y me he sentido bien en sus calles y caminando por entre los edificios de los burguesitos; he visto amanecer sobre el mar; he amado el rostro que atiende en la librería Los Virreyes, también del centro de Lima, los ojos azules y la suave caída del pelo sobre los hombros; he estado en San Borja en una fiesta de solo blanquitos de Miraflores y al salir de ella he alimentado mi cuerpo en un Mc Donalds abierto a las cuatro de la mañana; he visto bailar a Percy y a Arturo que todos los sábados hacen un número de danza moderna en Perseo, otra discoteca, también de Miraflores, donde no dejan entrar a nadie con los dientes picados o con mal olor: 'no pues, no vas a olvidar mi nombre, Percy, como Perseo'; he estado dentro de un taxi con Percy y Arturo y un amigo de los dos que al pasar por el deprimido de una vía, la Javier Prado creo, nos dijo: 'me encanta pasar por debajo de este puente, te sientes como en Miami. Pero cuando sales despiertas del sueño, estás otra vez en Lima'.

Estas cosas sólo las pienso, Danny no las escucha de mi boca. A la San Martín le sienta bien la soledad de la una de la mañana; los guardianes de la plaza son los grupos de pobres que se arremolinan detrás de los arcos buscando el sueño, pero se nos ocurre pensar que estamos solos, que aquella no es gente. Ningún ojo amenazante nos acecha en esta espesura blanca pero mi anfitrión tiene un miedo indefinido, no de ratas,

ratones o rateros que parecen haber sido fumigados por la magia "fujimontesinista", sino de él y de mí.

Dos días después, en este enero del nuevo siglo, la San Martín se llenará de marineras y pasacalles, de ritmos criollos venidos de allende el altiplano, de lamentos andinos. Es el cumpleaños número "cuatrocientosnosequé" de Lima, la capital virreinal. También habrá abundante provisión de gases lacrimógenos para dispersar las manifestaciones de júbilo democrático con

Es el cumpleaños número "cuatrocientosnosequé" de Lima, la capital virreinal. También habrá abundante provisión de gases lacrimógenos para dispersar las manifestaciones de júbilo democrático con que los peruanos celebran su recién adquirida libertad.

que los peruanos celebran su recién adquirida libertad. El mismo día de la efeméride, el 18 de enero, la banda *Sui Generis* toca en el Monumental de la Católica su desteñido canto a la flor de la utopía. Ese día,

en un almorzadero de tres soles, un conversador anónimo me llena de historias sobre el racismo peruano y me dice, exagerando, que las amenazas de interrumpir el concierto de Charly y Nito que circularon en la mañana, se deben al temor de brotes de intolerancia entre cholos y blancos.

Ningún joven de los que conozco en el Perú, en la capital o en provincias, se hace líos con estas cosas; simplemente las van viviendo, como Danny, a quien guío en la Plaza San Martín por entre los nueve círculos del infierno limeño.

Pasado un tramo más de la noche nos despedimos. El episodio ha concluido, insípido. No volveré a ver a Danny. No existe el nombre de su edificio en todo el mapa de Miraflores, no contestan en su teléfono.

Pero en el centro de Lima, en la Avenida Tacna, en *Sagittarius*, en el cuadrado de una pista de baile el tiempo es una caricia. Volveré la otra noche y las siguientes buscando los imposibles ojos azules, el imposible pelo que cae y que debería buscar en otra frontera, en Perseo quizá, en Miraflores y no en este bar de escombros y de cholos donde sin embargo conoceré a Álvaro, un guía turístico de piel oscura que me habla hasta la eternidad de las siete bellezas del Perú, del cañón del Colca y del Cuzco, de Machu Picchu y

de *Yo y el presidente*, la novela que está escribiendo para contar sus amoríos con un senador. Dispuesto a hacer infidencias, Álvaro dirá que en Perú ya todo el mundo sabe que Fujimori y Montesinos eran amantes y que el presidente solía llamar "Montachino" a su ex asesor e insistirá en que muchos políticos tienen una doble vida y que el sexo es lo único que barre las diferencias sociales. Álvaro es el más inteligente de los muchachos que conozco en Lima, pero él sabe que nunca será bienvenido en las fiestas de los blanquitos de Miraflores o San Borja; podrá ir, como van muchos cholos y muchos negros, pero prefiere vivir lo suyo. Podrá meterse en la cama de senadores o presidentes, pero nunca llegará a sus salas de recibo y tal vez nunca escriba su libro.

Alvaro nació en el distrito de Barranco —"como Vargas Llosa", me dice, "aquí está la casa de su infancia", y yo no estoy seguro de creerle— y fue quien me orientó por entre sus calles de bohemia, por el puentecito y por las escalas que llevan al mar. Frente al pacífico que baña la ciudad cuatro veces centenaria, Álvaro me confesó lo que yo ya sabía: "No quiero vivir en Lima. El otro año me voy seis meses para Chile, después paso a Argentina, donde conozco una gente, pero mi sueño es llegar a Estados Unidos". (Medellín, Febrero/2001) ■

